

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.**... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.**... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
D. Francisco de P. Mellado.

## 1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 20. — Mayo 21 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la  
redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
España y América, á los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de  
St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.**... — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

**PARA LA EUROPA, A ESCEPCION DE LA ESPAÑA.**

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## SUMARIO.

**TEXTO.**—Crónica de París, por JULIO LECOMTE.—S. M. Isabel II, Reina de España, por M. V.—Los caballeros de Malta, por ALFONSO DAUDET.—La embajada japonesa, por ORTAIRE FOURNIER.—Galileo en presencia de la Inquisicion, por L. DE B.—

Tapete verde, por EDUARDO GOURDON.—El Havre y sus alrededores, por L. DE B.—Crónica de Tribunales, por PETIT-JEAN.—La máquina de Lenoir, por EM. BOURDELIN.—Acontecimientos de la semana, por M. V.

**GRABADOS.**—Entrevista de los generales encargados de tratar del armisticio.—S. M. Isabel II, Reina de España.—Paseo en el

estanco de Fontainebleau.—Revista de la division Bazaine á su vuelta de Italia.—Vista general de Mesina.—Galileo en presencia de la Inquisicion.—Plano y elevacion de la máquina Lenoir.—Desde el muelle: el Havre y sus alrededores.—Recepcion de los embajadores japoneses.—El ejercicio de cañon á bordo de un brick.—Revista de la semana.



Entrevista cerca del muelle de la Caarentena, en Palermo, de los generales encargados de tratar del armisticio, segun el croquis del señor Feranti.





## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ En nuestro último número referimos la historia de un duelo ocasionado por el capricho de cierta señora, que en una contradanza dió orden á su caballero para que obligase á su *vis-á-vis* á cambiar de sitio, sin explicar la causa de esta repulsa. Dijimos que el caballero, instigado á este acto absurdo, habia recibido una estocada maestra de mano del que rechazó en la contradanza. Al relatar este hecho, nos propusimos que su sangriento desenlace llegase á oídos de la dama caprichosa...

Hemos conseguido nuestro objeto y la dama ha manifestado un gran pesar por el duelo y por sus tristes consecuencias. Instada á que explicase la causa de su repulsa hacia las dos personas desconocidas que se habian presentado frente á ella para bailar, concluyó por hacer la declaracion siguiente:

« Que teniendo puesto un vestido color de rosa y la dama del *vis-á-vis* otro rojo del nuevo color de moda, temia que su traje fuese eclipsado por el contraste violento de los dos colores durante las figuras de la contradanza... »

Esta razon poderosa no deja de ser un consuelo para el pobre herido! Como quiera que sea, este ha prohibido que en adelante se manifieste el estado de su salud á semejante mujer, si otra vez viene á informarse.

~~~~~ Hace dos meses apenas que un notario, que asistia á una representacion de la Ópera, se paseaba durante un entreacto en el salon de descanso. Encuentra allí á uno de sus clientes y amigos: cójense del brazo, pásense y hablan:

« — Qué os haceis ahora? — dice el notario, hombre de mundo antes que de fé.

« — Nada, á fé mia!... ah! sí, me fastidio!

« — ¿Fastidiarse un hombre que tiene veinte y cinco mil libras de renta?

« — El hecho es que no me aburría cuando trabajaba para ganarlas!

« — Sin embargo, un hombre de vuestra inteligencia debe encontrar un medio útil ó agradable de emplear su tiempo...

« — Y sus capitales ¿no es verdad? Y si, á pretexto de no aburrirme los comprometo jugando á bolsa, por ejemplo, ¿quién me asegura que no se irán mas pronto que vinieron? ¿No sería este otro *fastidio* mayor?

« — Pues bien, estónce casaos.

« — Vaya una idea! como de notario! — exclamó el amigo, hombre de cuarenta años, á quien los grandes cálculos y buena fortuna en la industria habian proporcionado en diez años una suma de tres millones.

« — Toma! os indico un recurso, un medio de ocupar el tiempo, — y si es posible, el corazon — sin que vuestro capital corra peligro. Además, un enlace feliz puede ser á la vez un buen negocio, porque el dinero no es patrimonio esclusivo de las tontas ni de las feas.

« — Casarme?... Es una idea, aunque no nueva, ni atrevida, ni gastada tampoco. Si se encontrase una muchacha de buena familia, bien educada, de un físico regular... sin exceso de hermosura, porque esto á veces es peligroso, con una inteligencia clara, un corazon amante... y que no abusase del piano, sin duda alguna que me convendría! ¿Pudierais procurarme una cosa por el estilo?... Con respecto á dinero, no repararía mucho en esta circunstancia.

« — Diantre! Vuestro programa es exigente, y sus capítulos muy difíciles de llenar, excepto el último, que nada tiene de irrealizable.

« — Entonces, ese fénix?... »

« — Le tengo, amigo mio... le conozco: ¿os sorprende la noticia, no es verdad?

« — ¿Y le teneis á la mano?

« — Mejor todavía, está á la vista.

« — Cómo!

« — Venid!

Y el tabelion conduce á su amigo á la sala, cruzan las butacas, penetran hasta el centro de la orquesta, y se colocan en el punto de observacion.

« — Preparad los anteojos — dice el notario.

Sacados éstos, limpios y graduados, el amigo se encontró dispuesto á dirigir la puntería, y en espera de la voz de *fuego*... visual.

El notario, despues de haber buscado el blanco, dijo:

« — Veis los asientos de anfiteatro... allí!... á la derecha, de pié, junto á una señora vestida de negro, á un caballero calvo que con su guante pajizo procura echar sobre la frente sus escasos mechones de cabellos?

« — Sí, es muy feo.

« — No importa! A su lado, tres asientos mas atrás ¿no veis á una vieja con sombrero de color de ala de mosca?

« — Hombre no, no veo á esa mosca.

« — Reparad bien... ahora vuelve la cabeza y mira hácia arriba con unos gemelos de marfil... allí! ¿no la veis?

« — Ah! sí!... Tampoco tiene maldita la cosa de guapa... esa debe ser la mujer del calvo.

« — Pues bien, á su espalda... — inclinaos un poco hácia mí — ¿no distinguís á otro viejo que se lleva un pañuelo amarillo á las narices?

« — Sí, ya veo el pañuelo y al propietario.

« — A su lado y á la derecha del espectador ¿no hay una señorita?

« — No puedo juzgar si es señorita, casada ó viuda... pero doy fé de su sexo á causa de su miriñaque... me la ocultan ahora... ah! ya está otra vez descubierta... y vuelve la cara.

« — ¿La veis bien?

« — No parece maleja!

« — No os parece sino lo que es.

La orquesta dió principio á la introduccion del segundo acto de la *Judía*, acto que es una obra maestra desde la primera á la última nota.

« — Ahora escuchemos la ópera, — dijo el notario; — y despues de este segundo acto de audicion pasaremos al segundo de contemplacion por allá detrás.

El amigo no respondió palabra, pero preciso nos es decir que no puso gran atencion á los melodiosos acordes que resonaban en su oido, ni á las interesantes escenas que á su vista se representaban, y que hasta llevó su impaciencia mas lejos de los límites racionales en concepto de sus pobres vecinos, atentos al espectáculo, á quienes molestaba á cada paso para dirigir sus anteojos hácia la linda compañera del anciano del pañuelo amarillo. Cuando terminó el acto con la maldicion de Eleazar contra Leopoldo, — y con la de sus vecinos incomodados contra él, — estaba nuestro hombre mas cuelli-tuerto que el busto de Alejandro Magno en el palacio del Louvre.

« — Ahora — dijo el notario ciceroni — podeis ir si os place á verla mas de cerca desde la entrada del anfiteatro. Marchais de aquí soltero y me atrevo á apostar á que volveis casado.

Y nuestro héroe salta por encima de los asientos, codea y atropella á la jente para tomar la delantera á los *dilettanti*, que marchaban con mesura á causa de sus recién colocados guantes, almidonados cuellos, perfumados rizos y demás seductor atavío con que se revisten y acicalan tantos vejesterios, para obtener una mirada de las escualidas bailarinas en recompensa de sus frenéticos aplausos.

Nuestro curioso desaparece al fin, no sin provocar algunos murmullos en la turba-multa de los seniles admiradores del arte coreográfico.

Mas calmoso por carácter y tambien por su profesion, el notario salió pausadamente y se fué á esperarle al *foyer*, salon donde se reune parte del público durante los entreactos.

Al cabo de diez minutos, nuestro hombre, antes tan aburrido y ahora tan impetuoso, aparece al fin:

« — Me conviene, amigo mio! — esclama con el semblante animado por la emocion y revelando, con el toque especial que habia dado á los cabellos, sus miras seductoras al hacer el reconocimiento del campo femenino.

« — Es decir ¿qué la encontráis linda?

« — Sí, por cierto!... y sobre todo muy simpática. Ah! mi querido amigo, ella realiza lo que uno llama *su tipo*, *su media naranja*... su *desiderata*. He notado en ella ese aire modesto y distinguido que tanto me gusta: su sombrerito color de rosa le sienta á las mil maravillas!

« — Qué sombrero color de rosa? — dice el notario, — si es un sombrero azul el que tiene!

« — ¿Cómo azul, os repito que es de color de rosa...

« — Que no, hombre, que no!

« — Que sí, hombre, que sí! ¿qué se entiende por *r*, *o*, *ro*, *s*, *a*, *sa*, *rosa*?

« — Ah! vamos, ya caigo! eso es sin duda que empezais á verlo todo de ese color! sin embargo, rectificad vuestro alucinamiento, porque la jóven que tan cumplidamente realiza vuestro programa, la que está sentada junto al viejo del pañuelo amarillo, — su padre y vuestro futuro suegro, — tiene un sombrero *a*, *z*, *u*, *l*, *azul*! Tan azul como el sétimo cielo á donde tal vez os trasportará muy pronto.

« — Y dale! á que padecemos algun quid pro quo? Os digo...

« — Nada! entremos á verlo!

« — Vamos allá! pero estoy seguro de confundiros... ¡pues, hombre, ni que estuviera yo ciego!

« — Si al entrar en la Ópera no hubiera estado hablando con el padre en el peristilo, ni hubiera saludado á la hija, quizá podría creer en una alucinacion por mi parte; pero...

« — No hay pero que valga; creed que la padeceis como tres y dos son cinco. La he visto bien, y sé que lleva un sombrero color de rosa guarnecido con un pequeño encaje blanco, que se destaca, por mas señas, coquetamente sobre sus hermosos cabellos negros...

« — Cómo negros? otra tenemos? Este santo varon mira las cosas á través de un gracioso prisma que al mismo tiempo se las presenta rosadas... y negras! Amigo mio, la cabeza propietaria de mi sombrero azul es rubia como Ceres y sus espigas.

« — Convengamos, señor notario, en que sois un poco testarudo. Venid conmigo.

Y nuestros dos ergotistas se adelantan por el corredor del anfiteatro, se colocan en el mejor y mas avanzado punto de observacion, y, despues de fijarse en el anciano caballero, quien evidentemente se hallaba constipado, puesto que ni un instante separa el pañuelo de sus enormes narices, lanzan con aire de triunfo un doble grito unísono, y dicen:

« — Héla allí!... sombrero <sup>rosa!</sup> <sub>negros!</sub> sobre <sup>azul!</sup> <sub>rubios!</sub> cabellos!

« — ¡Toma, toma! esclama el notario — ¿vos hablais de la señorita de la derecha?

« — Justo!... de la que vos me dijisteis... á la derecha del espectador...

« — Pero era del espectador vuelto de espaldas al escenario como entonces estábamos nosotros! Esta izquierda que tenemos ahora es azul y rubia...



» — Vos no me hablasteis de otro color que el de ala de mosca, es decir, el de la vieja que está delante, y miré detrás de esta vieja mosca. Me señalásteis también un anciano caballero que estornudaba, que se tiraba de las narices, qué se yo!

» — Sin duda, y de una joven puesta á su lado...

» — Y bien, ¿acaso está menos al lado del caballero ésta que aquella? No hay otra diferencia ni mas ni menos, que la de orientacion! El anciano lindaba antes, por el norte, con un sombrero rosa; por el sur con un sombrero celeste. ¿Quizá no linda ahora lo mismo? Dió la casualidad que viese antes la figura rosa que la azul... me fijé en ella, me gustó, y dije, esta es!

» — Bueno, comprendido; pero, una vez deshecho el error, mirad la otra! Aquella es la que... de quien...

» — La otra me es ya indiferente; estoy por la morena!...

» — Pues no teneis razon, querido; las morenas son demasiado ásperas. Solamente los hombres deben ser morenos! Vénus nació de las espumas de la isla de Chipre, rubia como un topacio, y mirando á la Grecia con unos ojos azules...

» — ¡Me rio yo de los topacios y de la Grecia!... nada, lo dicho! estoy por la del sombrero negro y los cabellos ro. . no, no, al contrario; es decir, por la de...

» — Es decir, que estais loco. Yo no sé quién es esta señorita, mientras que respecto á la otra os puedo dar las mayores garantías...

» — Y bien, notario sois; id y arreglaros de modo que hagais conocimiento con ella para decirme quién es á la mayor brevedad posible. Ah! empiezo á comprender que ya no me fastidio! Mirad, mirad con qué gracia echa los gemelos á aquella señora que entra en el palco próximo al de M<sup>me</sup> Girardin! Cierro que el padre está un poco resfriado; pero no por eso tiene un aire menos noble, á pesar de su pañuelo amarillo...

» — Pero, infeliz, olvidais que ese pañuelo es el padre del sombrero azul... y no del rosa!

» — Diabla, es verdad! Veamos con quién está mi rosa! Ah! ya lo veo, con una señora anciana... madre ó tia... buen físico... el traje listado... nada de ala de mosca... de violeta y cintas verdes... como Alceste!... Pues señor, me gusta la madre! Vamos, amigo mio, es preciso que mañana sin falta me deis noticias de quién es, cómo se llama, etc., etc! Os he dicho que maldito lo que me importará que su dote sea grande ó pequeño?... ya os haréis cargo que habiendo encontrado á mi *desiderata* no fijaré mucho la atencion sobre el capítulo aurífero. Con tal que su moralidad... su carácter... en fin, ya sabeis quien soy, y no tengo nada que deciros. Comenzad vuestras indagaciones desde esta misma noche... y para dejaros mas libre, me voy á mi círculo á fumar un cigarro,—y pasado mañana, á medio dia, iré á vuestra casa para saber cuando habréis de presentarme. Adios, mio caro, no deis dormir el negocio, y colgad de la percha vuestro sombrero azul por siempre jamás!»

El notario comprendió que su cliente se habia encaprichado del sombrero de la izquierda, aceptó de lleno su papel y habiendo visto que el padre azul conversaba en confianza con la madre rosa, desde el dia siguiente empezó á gestionar cerca del pañuelo amarillo. Entonces supo que la *desiderata* era hija de un antiguo empleado superior, una joven muy digna, adornada con todos los dones físicos y morales de la naturaleza y de la buena educacion, encantadora en todos conceptos y además rica... lo cual no estaba comprendido en el programa! Sin embargo, esta última circunstancia no pareció al pretendiente motivo fundado para rechazar á la que por tantos ti-

tulos le tenia seducido, y el notario, en un breve plazo previno, convino entrevistas y conferencias, de suerte que apenas trascurridas tres semanas se encontraba en su bufete estendiendo la minuta de un contrato matrimonial que le producía abundantes honorarios.

Nuestro hombre abdicó pues estos últimos dias su vida de célibe, de aburrimiento y de desconfianza en aras del himeneo, y está ya alistado en el ejército mas numeroso del mundo! Durante la comida de boda, el notario, comensal indispensable en tal circunstancia, viendo el contento de su amigo, quien devoraba con sus miradas á su desiderata encantadora, vanagloriábase de ser la causa exclusiva de su ventura:

» — No, no! — dijo el casado, — vos queriais endosarme la rubia del sombrero azul!

» — Cierro, mas sin mi idea, sin mi indicacion mal interpretada, no hubierais visto á la otra, la morena y rosa de la izquierda... á quien acabais de dar vuestra mano derecha!

Lo que son las cosas. Nada de esto habria sucedido si la señorita Amelia no se hubiera vuelto en el momento preciso en que el aburrido echaba sus anteojos en direccion inversa al padre resfriado. Digase despues á las jóvenes que es mala educacion volver la cabeza en los sitios públicos! fuerza es convenir que en ciertas circunstancias tiene sus ventajas!

~~~~~ La *Revista anecdótica*, á caza siempre de cuanto extraño se imprime en el globo, presenta el extracto de una orden ecuestre, instituida recientemente por el consejo soberano de la república de San Marino, reducido Estado que se conserva libre é independiente en medio de las convulsiones de Italia.

La *Revista anecdótica* manifiesta que la orden se divide en cinco clases desde el simple *caballero* hasta el *gran cruz*: cada uno tiene derecho á un uniforme, desde la charretera de *capitan*, que es el grado inferior, hasta la de general que es el mas elevado. Añade que esta circunstancia « será un gran aliciente para los aficionados á condecoraciones, etc. »

A este propósito debemos hacer algunas observaciones, útiles en ser conocidas en vista de los repetidos errores de apreciacion, y de los infundados comentarios sobre órdenes extranjeras, de que afectan hablar con ligereza ciertas jentes para quienes las cintas de esas diferentes órdenes, y cualquiera que sea su color, parecen siempre *demasiado verdes*... como las uvas de la zorra.

Consignemos por de pronto que la Francia prohíbe rigurosamente á sus hijos el uso de uniforme de cualquier orden extranjera.

Dejemos también sentado que cada una de estas órdenes tiene incontestablemente en el pais en que ha sido instituida y que la concede la misma importancia relativa, el mismo prestigio que una orden francesa en Francia. En efecto, la atencion de un español, de un brasileño, de un holandés ó de un prusiano se fijará en un francés á quien vea con la cruz de *Isabel la Católica*, de la *Rosa*, de la *Corona de encina* ó del *Aguila roja* con el mismo respeto que merece á un francés el extranjero que ostenta en su ojal la cinta de la Legion de honor. Así pues, bajo el punto de vista de cada nacion existe evidentemente una completa paridad en todas las órdenes.

Es verdad que algunos intrigantes, á quienes los tribunales han dado su digna recompensa, aprovechando la confusion, hija de los diversos acontecimientos políticos, introdujeron en Europa supuestas órdenes de casas extranjeras, órdenes y casas distinguidas, haciendo de esta superchería un objeto de escandalosas especulaciones con personas vanas y sobradamente confiadas. Sin embargo, estos ejemplos, aunque raros, han servido de testo ú de pretexto á ciertos chistosos críticos que inventando risibles nombres, tomados de

la historia natural y aplicados á estas órdenes, se complacian en confundir á sabiendas las órdenes regulares y respetables de Europa con ese oropel fraudulento, vergonzosamente nacido en los figones y muerto, mas que por la persecucion legal, por la persecucion del ridículo!

Sin duda que existen órdenes puramente religiosas que pueden adquirirse mediante algunos sacrificios pecuniarios, y que dan márgen al epigrama cuando se ven en personas que por su carácter, por su carrera ó por su oscuridad no son en nada acreedoras á públicas distinciones... Pero de buena fé ¿qué relacion puede establecerse entre el fraude castigado de los unos, — la adquisicion vanidosa de los otros, — y las órdenes de los estados regulares de Europa, concedidas por un movimiento espontáneo de sus soberanos ó á propuesta de sus ministros?

Además ¿quién ignora las precauciones que exigen los principales gobiernos y la Francia mas particularmente, — ya para la concesion de las órdenes extranjeras, — ya para el derecho de usarlas?

Citemos un ejemplo.

Ningun embajador ó agente diplomático francés puede solicitar del soberano extranjero, cerca del cual tenga sus credenciales, la concesion de una orden en favor de un compatriota cualquiera sin previo asentimiento del gobierno de las Tullerías.

Todo soberano extranjero que, ya para recompensar algunos servicios, ya para honrar el talento, quiere conceder su orden á un francés, debe, por un acuerdo especial internacional, informar de su intencion al agente diplomático autorizado en su corte, y éste comunicarlo á su gobierno á fin de recibir las observaciones ó reparos á que dé márgen este hecho.

Esto en cuanto á su origen, — es decir, para la *concesion* de una orden extranjera á un francés; — restan los decretos relativos al uso de la orden extranjera en Francia.

Aquí la gran cancillería de la Legion de honor exige de aquel á quien ha sido conferida la orden extranjera el depósito de varios documentos personales, unidos al diploma, y sólo despues de un detenido exámen, y tras infinitos informes y justificaciones, es cuando el consejo se aventura á proponer al soberano espida al interesado la autorizacion competente para el uso de la orden extranjera. Debemos añadir que nadie en el Estado, por elevada que sea su posicion, puede sustraerse al cumplimiento de estas formalidades; el *Monitor* ha recordado frecuentemente en sus columnas las disposiciones legales relativas al asunto, á fin de que ninguno, sea cual fuere su rango civil ó militar en la escala jerárquica del pais, prescinda del rigorismo de las vijentes leyes sobre órdenes extranjeras. Unase á esto que la autorizacion de que se trata no siempre se concede, y que frecuentemente se rehusa cuando la orden no ha sido espedita con las formalidades diplomáticas de que hemos hecho mencion, y que deben acompañar al nombramiento dado por la cancillería de la nacion estrana.

El francés condecorado por un soberano extranjero que llevara la cruz, placa ó cinta sin la autorizacion susodicha, se vería rigurosamente asimilado al portador ilegal de la Legion de honor — por mas que la orden le hubiera sido conferida en regla por un monarca. Ante semejante conjunto de precauciones, — ya para la concesion de la orden extranjera, — ya para poder ostentarla en Francia, — ¿cómo no conceder á las órdenes de las potencias europeas conferidas á nuestros compatriotas el mismo respeto, la misma consideracion que á estas órdenes se les otorga en las capitales de donde emanan?

JULES LECOMTE.

(Trad. A. L. de B.)



## RETRATO DE S. M. DOÑA

ISABEL II REINA DE ESPAÑA.

El señor don Federico de Madrazo es hoy uno de los pintores españoles de mas mérito. Sus obras, conocidas parcialmente en las exposiciones francesas, fueron premiadas con la cruz de la legión de honor.

Encargado del retrato de Isabel II, S. M. quedó tan complacida del trabajo, que mandó sacar diez ejemplares grabados en cobre, que la augusta señora regaló á sus mas fieles servidores. Publicamos pues un *fac-simile* de esos grabados, complaciéndonos en reproducir esa mirada dulce, esa boca que respira la bondad y profiere las espresiones felices que la han caracterizado como la dama mas oportuna del reino, y en fin, esa frente suave en que el frenólogo mas lerdo ve el diagnóstico de una memoria prodigiosa, cualidad proverbial de los Borbones.

MAXIMO VAUVERT.

Trad. A. L. de B.



S. M. Isabel II, reina de España, según el cuadro de Federico Madrazo.

## ENTREVISTA CERCA DEL MUELLE DE LA CUARENTENA EN PALERMO.

Palermo respira al fin. Después de un combate de cuatro días, después de un bombardeo que ha costado la vida entre escombros y ruinas á un crecido número de combatientes, cuyos cadáveres insepultos infectaban la atmósfera, la tranquilidad ha derramado un dulce bálsamo en todos los corazones.

Un armisticio era urgente. El general Lanza le solicitó el primero para enterrar á los muertos y recoger á los heridos.

La primera entrevista se verificó el 30 de mayo á bordo del *Hannibal*, buque inglés, en donde se pactó una tregua de 24 horas. El 31 se prolongó ésta por tres días.

Durante el armisticio, Lanza fué á Nápoles á consultar al rey, y á su vuelta, el 3 de junio, fué ratificado el armisticio en el muelle de la Cuarentena y decretada la evacuación de Palermo por el ejército napolitano.

MAC VERNOLL.

Trad. A. L. de B.



Un paseo por el gran lago del palacio de Fontainebleau.





Revisita pasada por el emperador, el 6 de junio en el patio de la Tullerías, á la división Bazaine á su vuelta de Italia.



## LOS CABALLEROS DE MALTA.

En uno de estos últimos lunes, hallándome en la tertulia de M<sup>me</sup> de B<sup>\*\*\*</sup>, se me ocurrió el ir á sentarme á mis solas en un gabinetito chinosco, pieza conocida únicamente de los amigos de la casa. Allí encontré al anciano doctor Anselmo en conversacion muy animada con una jóven y encantadora viuda— llena de flores azules de piés á cabeza, — y con una señora de muchos años y no menos talento, que llevaba una cofia color de malva. Estas tres personas tenían, en el instante de entrar yo, el diálogo siguiente :

LA DAMA AZUL. — Sostengo, querida mia, que es una felicidad para nosotras que no haya caballeros de Malta, y que no exista en nuestros dias este pretesto de celibato: era una orden minotaurica que nos arrebatava cada año nuestros mas amables aspirantes, nuestros mas solícitos adoradores, los nombres mas ilustres y mas distinguidos; y todo... ¿para qué?

LA COFIA-MALVA. — ¿Y la defensa de la religion, amiga mia?

LA DAMA AZUL. — Bien, concedo que era una noble causa y que, bajo ese punto de vista, el celibato de los jóvenes caballeros no dejaba de tener su grandeza; pero convenid conmigo en que tambien era un poquillo duro, por ejemplo, que una castellana viuda alojase dentro de su castillo á uno de esos hermosos caballeros, — que con la daga en la mano y el crisco en la cabeza volvieran de cazar turcos; — que le diese una hospitalidad de príncipe; que, dejándose deslumbrar por el valor y la buena figura de su huésped, abriese el corazon á la esperanza de enlazar su mano con la del guerrero, y que en el momento crítico viera retirar esta mano bruscamente, y oyera de boca del apuesto doncel esta frase terrible, pronunciada con tembloroso acento: « ¡Lo siento, señora; pero soy caballero de Malta! » Convenid, repito en que esto era algo duro. ¿No opinais como yo, doctor? ¿no os alegráis tambien de que se haya suprimido semejante orden?

EL DOCTOR. — A pesar de mi deseo de complaceros, no puedo alegrarme de la supresion de una orden cuyos miembros, aun existentes hoy dia, no inspiran siempre el religioso respeto que alcanzaron en otra época sus predecesores.

LAS DOS SEÑORAS. — Cómo! qué decís?... ¿Habéis perdido la cabeza, doctor?

EL DOCTOR. — Muy lejos de eso! Dignaos, señoras mías, acercar vuestros sillones hasta la entrada del gran salon; voy á mostraros al instante varios caballeros de la orden de Malta.

LA DAMA AZUL. — Os burláis?... Pero es igual, quiero seguirlos el humor hasta el fin. Venid, mi querida señora; sentémonos en este canapé: desde aquí, resguardadas por ese cortinaje, podremos ver sin ser vistas, mientras este buen doctor, con la formalidad que le distingue, nos relata cuantas graciosas paradojas quiera.

EL DOCTOR, limpiando sus lentes. — ¡Ni la sombra de una paradoja, señoras! — Lo que voy á deciros es la verdad, la verdad desnuda, escotada, como siempre, de algunas pequeñas indiscreciones, que suplico al cielo me dispense en gracia de la buena intencion. Comienzo, pues (cálase los quevedos): Veis la persona que en este momento se halla de pié cerca del piano?

LA COFIA-MALVA. — ¿Ese gran señor, alto, moreno, de frente ancha y un poco calvo, que habla con aquella diminuta señorita del vestido rosa?...

EL DOCTOR. — El mismo! Pues bien, tengo el honor de presentaros en ese gallardo personaje un caballero de Malta, ó mejor dicho, uno de los maestros de la orden...

LA DAMA AZUL, con interés. — Pero ¿qué queréis decir con eso?...

EL DOCTOR. — Nada que no sea muy sencillo: M. D... — como cualquiera juzgará — es un guapo mozo, de erguida frente, de fisonomía espresiva, y además, uno de los abogados mas distinguidos y mas ricos de Paris; condiciones por las cuales es tambien el blanco de todas las viudas deseosas de renunciar á la soledad, y de las madres de familia que ambicionan un buen partido para sus pinpollos. Por desgracia, — ¡siempre las mas bellas flores ocultan espinas! — por desgracia, repito, M. D... está casado, lo que se llama casado en toda regla, aunque separado de su mujer desde hace mas de cinco años.

LA DAMA AZUL, con voz conmovida. — ¿Estais bien seguro, caballero?

EL DOCTOR. — Segurísimo, señora, si bien es verdad que tal vez soy yo aquí el solo que conozco este gran secreto. M<sup>me</sup> D... es una persona bastante lijera, tan lijera que su marido la tiene lejos de sí por esta causa; pero sea lo que fuere, no por eso dejará de ser la esposa de M. D... Ya veis si tenia razon al deciros de este último, que era uno de los caballeros de Malta, uno de los maestros de la orden, puesto que no puede romper sus lazos sino envenenando á su mujer ó saltándose la tapa de los sesos.

LA DAMA AZUL. — Pero esto es horrible, y debería prohibirse que semejantes jentes se acercaran á las jóvenes.

EL DOCTOR. — ¿Qué queréis, señora? Es preciso no ser injustos, y no culpar demasiado á este pobre hombre: si las mas lindas caras le acojen con agrado, si se vé objeto de las miradas y de las atenciones femeniles, natural es que prefiera pasar el rato junto á las muchachas de buen palmito, dándose por moneda corriente, á fastidiarse sobre las banquetas del fondo entre las cortinas de algun alfeizar, ó entre los jugadores en el salon del whist. Cumple á las señoras mujeres sermas precavidas, y examinar, al fijarse en un caballero, la clase de pájaro con que tienen que habérselas, sabiendo, como deben saber, cuánto se esconde á veces bajo un frac negro y una corbata blanca. — Ved, si no, ese mocito rizado y rubio, de afeminadas facciones...

LA COFIA MALVA, ruborizándose. — Es M. Gaston, el hijo de nuestro diputado.

EL DOCTOR. — Pues ahí donde le veis es otro caballero de Malta del mejor cuño; su padre quiere casarle con una prima, una casi rapazuela con quien se ha criado desde la cuna; pero él, que tiene su corazon preso en otras redes, rechaza esa boda y no quiere á la primita aunque se la pesen en oro. El padre, testarudo como un breton, le ha prohibido bajo pena de herencia que le hable de otro casamiento, por lo cual M. Gaston prefiere continuar célibe y caballero maltés, antes que unirse á su compañera de infancia ó verse desheredado. El mundo ignora estos detalles, y las madres de niñas casaderas le atienden y le miman, creyéndole materia á propósito para formar un excelente marido.

LA COFIA MALVA, á parte. — Tengo que prevenir á mi sobrina Julia que no haga caso de este muchacho.

EL DOCTOR. — Continúo mi exámen, señoras, y os presento un tercer caballero en la persona de aquel artista que, pensativo y con la cabeza reclinada sobre el pecho, está de espaldas contra la tapicería del fondo. No posee mas en este mundo que sus pinceles y su talento, y si por desgracia llegara á enamorarse y á interesar el corazon de alguna mujer, como el guerrero de que hablasteis hace un momento, se veria obligado á decir avergonzándose un poco: « Ay de mí, señorita! soy caballero de Malta! Me falta aun que recorrer un camino muy largo, y qué camino! Sin ninguna herencia en perspectiva, sin otra esperanza que rudos años de trabajos y de pruebas,

no debo, no puedo esclavizarme. Verdaderamente hemos sido unos locos. » Esto diria, porque la miseria tambien tiene sus caballeros de Malta, y, como podeis ver, no son los menos en número.

Ved allí, próximo á nuestro artista, otro caballero de la misma orden, pero alistado en ella por motivos bien diferentes: aquel es rico, inmensamente rico, y su riqueza es el motivo de haber sentado plaza en la orden de que hablamos. Se le ha metido en la cabeza que, en este siglo de cálculo y agiotaje, la que se case con él no lo hará sino por su dinero, y antes que hacer un matrimonio por el estilo prefiere vivir como Juan Palomo y plantar sus coles en la roca de Malta. Guardaos mucho de estar demasiado amables y complacientes con él, porque os supondria miras interesadas respecto á su persona, y os aborreceria de todo corazon. No creais, sin embargo, que todos esos caballeros se tienen por infelices en su aislada condicion, y que todos ellos pasan sus dias y sus noches mortificándose en contemplar desde su alcoba solitaria los goces del matrimonio. Los hay que se encuentran en su independencia de célibes tan contentos como el pez en el agua. En prueba de ello, ahí teneis á ese mofletudo, primer presidente, que hizo voto solenne sobre el lecho de su difunta de no volver á casarse, y que á fé mia se felicita diariamente de cumplir tan firme propósito. — ¿Queréis ver todavía otros caballeros maltés? Pues ved allá al gran T..., que se ha empeñado en que, si llegara á poner su cerviz bajo el yugo del matrimonio, habian de llover sobre él todas las desgracias imaginables: de antemano tiembla, y ve relucir fatídicamente sobre el cielo por su cama los siniestros remates de la enseña del islamismo, y á pesar de su ardiente comezon por ser el tronco de una honrada alcurnia, ó mucho me engaño, ó jamás se resolverá á ello. — Ahí viene el pobre Alfredo de G... quien, llevando áuestas en todas las estaciones su abrigo de *bar-ragan*, siente en el alma no poder deshacerse de él. ¡Pobre mancebo! con cuánto gozo no rompería los nudos ilegítimos que le oprimen para volver á una vida mas sana y mas regular! con cuánto orgullo no recuperaria el aprecio de sí mismo en el seno de la familia, mirando jugar en torno suyo pequeños vástagos que legítimamente llevaran su nombre! — ¿Qué queréis? ese es tambien un caballero de Malta y de la peor especie, porque la orden es para él mas dura que un presidio, mas insufrible que los tormentos de un infierno. ¿Qué os parece, señoras? ¿creeis que estamos faltos de caballeros? y esto sin contar los muchos infelices que... pues... que...

LA DAMA AZUL. — Vamos, qué? acabad?

EL DOCTOR, rascándose la oreja. — Cáspita! es que el asunto es algo embarazoso: « en el siglo XVIII se podia decir en pleno salon; pero en el XIX... »

LA COFIA MALVA. — Decídmelo á mí bajito, doctor, que yo pertenezco al siglo pasado. (La cofia malva y el doctor se hablan al oído). Vaya! no digais esas... cosas, doctor! Jesus que malo sois!

EL DOCTOR, á la dama azul. — Ya veis, señora, que no podia yo ser de vuestra opinion, ni complacerme de la supresion de la orden, puesto que, bien mirado, no ha hecho mas que trasformarse en nuestros dias, siendo hoy el número de los caballeros tan crescido como el de antes.

LA COFIA MALVA. — Sin contar que no consagran su celibato á la defensa del cristianismo.

LA DAMA AZUL. — Y que tampoco se hallan encerrados en una isla como entonces, lo cual nos espone á nosotras, pobres mujeres, á muchísimos peligros y desengaños. Por eso agradezco en el alma al doctor la relacion que acaba de hacernos;



y ruego á Dios que si mi corazon se interesa por alguien, jamás sea por ninguno de esos abominables caballeros malteses.

ALPHONSE DAUDET.

(Trad. F. de la V.)

#### LA EMBAJADA JAPONESA.

Al señor Director del *Mundo ilustrado*.

New-York, 12 de mayo de 1860.

Señor Director,

El gran acontecimiento del día es la llegada de la embajada japonesa. La fragata de vapor de los Estados-Unidos, « *Roanoke* », con la embajada á bordo, se presentó el miércoles por la tarde delante de *Sandy Hook*, sobre la costa este del New-Jersey, es decir, á corta distancia de la bahía de New-York, y tomó el día siguiente por la mañana el mar para dirigirse á Hampton Roads (Virginia), en donde la espera el steamer « *Philadelphia* », que debe transportar al cortejo á Washington. El gabinete había fijado al principio el itinerario de los Japoneses por New-York, pero ha cambiado de dictámen y decidido que desembarcasen directamente en la capital federal, en donde reside el jefe del gobierno. Como se trata esta vez de una embajada formal, y no de una repetición de la célebre comedia con la cual se entretuvo al anciano Luis XIV, al Rey Sol, en su declinación, haciendo desfilar á su vista en Versalles, con una pompa enteramente oriental, una fingida embajada siamesa, no habiendo llegado la verdadera á buen puerto, creo que no será inútil transmitirlos todos los detalles que he podido recoger concernientes á estos extraños visitantes.

La misión forma un total de setenta y una personas, á saber:

Veinte funcionarios y cincuenta y un sirvientes. La embajada propiamente dicha se compone de dos embajadores plenipotenciarios de la mas alta nobleza; despues de otros dos personajes de rango casi igual; un vice-gobernador y un censor. Las funciones de estos dos últimos no se parecen poco á las de los espías. Deben dar cuenta de la conducta de los embajadores y de los empleados de su séquito, para despues dar parte á su gobierno de todo lo que les parece digno de observación.

El mas elevado en dignidad es Simme-Bujeno-Kami, lo que quiere decir Simme, príncipe de la provincia de Bujen; sus sirvientes no se presentan delante de él sino prosternándose, despues de lo cual se levantan y le presentan su mensaje. Ningun inferior á él debe sentarse en su presencia.

Si hemos de dar crédito á lo que dicen algunas correspondencias, este personaje escogido, sin duda, entre la flor y nata de la nobleza japonesa, parece ser comunicativo, inteligente, atento, pregunton, deseoso de verlo y comprenderlo todo, pronto á penetrarlo todo, en suma, agradable é interesante. Varios de ellos se hallan provistos de libros instructivos; los caracteres de estos libros tienen mucha analogía con los Chinos. Se ha notado en su biblioteca algunas obras *ilustradas* que no anuncian una profunda veneración á la moral.

Una palabra acerca de su traje. Hagamos constar desde luego el amor de los Japoneses á la variedad de los colores, y su predilección por el azul celeste.

Describiendo el traje de Simme, doy al mismo tiempo el de la clase superior. Compónese de una especie de toga ancha y flotante, de un talma, de una *pijama* y de botines ó polainas de algodón blanco: no usan estas últimas mas que los príncipes y los personajes del mas alto rango;

están prohibidas para las clases inferiores. El vestido interior es de seda blanca ó de lino; sube hasta el cuello y le rodea en guisa de corbata.

La toga ó túnica que se lleva generalmente es de color de pizarra ó púrpura; el talma de seda azul celeste y la *pijama* de crespon de seda de un tejido muy hermoso y de esquisito gusto. La *pijama* es una especie de pantalon ancho que se fija á la cintura por medio de un cordón de seda, que cuelga al lado á semejanza de un cinturón de espada. La parte trasera de la *pijama* se levanta hasta la mitad del dorso, en donde se aplica su estremidad superior sobre un aro plano, ú tableta delgada y lisa, de dos pulgadas de ancho. Las partes correspondientes á las caderas se hallan escotadas de manera que pueda verse el vestido interior hasta las rodillas. La *pijama* no se usa entre la servidumbre.

Las mangas, la espalda y la delantera del talma se hallan adornadas con marcas redondas, blancas, de la dimension próximamente de una moneda de cincuenta centavos (de franco), que indican el rango del personaje; marcas que coloca en guisa de rúbrica en los escritos que debe firmar.

Simme lleva dos espadas, pero no alhajas; lleva por lo comun un abanico en la mano: es de cuarenta y un años, pequeño, delgado y delicado. Tiene una tez color de aceituna y recuerda el tipo judío.

Todos los oficiales tienen un traje de etiqueta que no se ponen sino para las recepciones oficiales y en el cual se hallan bordadas las cifras del Tikoun, emperador político. (Sabido es que hay otro emperador religioso que se llama el *Mikado*.) Del cinturón que sujeta el talle penden una pipa y una caja de tabaco; esta última, llena de dorados, ofrece mucha semejanza con un porta-monedas de señora.

Aunque los Japoneses fabriquen muy lindos sombreros de pasta de papel, úsanlos rara vez.

El modo de llevar el pelo es el mismo en todas las clases. Rápanse la parte anterior de la cabeza; los cabellos, que son muy largos, de un negro de azabache, muy tupidos y brillantes, gracias al uso frecuente, del aceite « *de obe* » y de otros ingredientes, se les lleva á los dos lados de la cabeza y de la nuca, se les reune y fija con un nudo.

Los doctores son las únicas personas que se rapan completamente la cabeza, parece que es una costumbre que les impone su país.

El traje de los criados se halla calcado, con corta diferencia, sobre el mismo patron; compónese de la ropa ó toga y del talma, de diversas telas, que seria difícil y ocioso, por otra parte, enumerar ó describir; á primera vista, creeríase que es una tela de algodón muy ordinaria; pero examinándola con mas atención, se ve que son popelinas muy ligeras (seda, algodón, lino, etc.), cuya variedad de colores recuerda la librea de los Montmorency. El único calzado nacional de que hacen uso es una sandalia de paja tejida que se aplican en la planta de los pies, de una forma primitiva, y que atan por medio de tiras ó cordones de algodón, que, entrelazándose con los dedos del pié, se enrollan alrededor de la parte inferior de la pierna.

El principal objeto de esta misión es obtener un ejemplar duplicado en inglés del tratado de comercio americano-japonés, cuyo original ha sido destruido en el terrible incendio que causó los mayores estragos en Yeddo, hace dos años. Salvóse solamente la copia en lengua japonesa en aquella circunstancia. Los plenipotenciarios traen consigo este documento, con una copia en inglés, que debe ser sometida á la firma del presidente de los Estados-Unidos. Estos documentos diplomáticos, así como una carta del Tykoun á M. Buchanan, se

hallan contenidos en un cofre, que ellos consideran como una especie de tabernáculo y que no debe apartarse nunca de su vista. Este cofre es de tres pies de largo, veintiseis pulgadas de espesor y diez y ocho de ancho; se halla cubierto de tafete encarnado y primorosamente labrado en sus bordes. Contiene tres cajas ó cofrecitos de laca herméticamente cerrados. Colocado en el centro de un ligero bastidor, es llevado, por medio de unas angarillas, sobre el dorso de cuatro hombres, cuando debe cambiar de lugar.

El senado de Washington ha votado un crédito de 50,000 dollars para hacer á los Japoneses una recepción digna de la Union-Americana.

Reciba V., etc.

La embajada japonesa llegó el 14 de mayo á Washington y desembarcó en el muelle del arsenal marítimo.

New-York, 18 de mayo de 1860.

Cuando, á consecuencia de la convención negociada por M. Harris, entre el Japon y los Estados-Unidos, se decidió la partida de los plenipotenciarios, la fragata de la Union federal *Powhatan* fué puesta inmediatamente á su disposición para marchar á Panamá, haciendo escala en las islas Sandwich y en San Francisco.

Partida de este último punto el 7, la *Powhatan* llegó el 24 á Panamá. Los bagajes fueron desembarcados al momento, escepto el famoso cofre que contenía el tratado, y espeditos á Aspinwall por el ferro-carril. Estos bagajes, cuyo peso era de ochenta toneladas, llenaban nada menos que cuatro wagones.

Los setenta y un individuos que componen la legación tomaron asiento el 25, muy temprano, en compañía del gobernador de Panamá y de otras varias personas de distinción, en los cinco wagones que habían sido preparados para ellos y que debían transportarlos á Aspinwall, al través del Istmo. Eran las ocho cuando el convoy se puso en movimiento. Este modo de viajar con la rapidéz del viento no inspiró el menor terror á los nobles extranjeros, pero manifestaban la admiración y el placer que experimentaban con una pantomima muy viva. Por otra parte, el viaje se verificó con una velocidad maravillosa. El convoy se detuvo á la mitad del camino, en la estación de San Pablo, en donde había sido preparada una espléndida colación, por cuenta de la compañía del ferro-carril. La parada fué de una hora, durante la cual varios artistas japoneses, que forman parte de la embajada, se divirtieron en dibujar, con una prontitud y una fidelidad sorprendentes, la locomotora, los wagones, la bandera de la estación, pájaros, árboles, flores, finalmente todo lo que llamaba su atención.

Luego que llegaron á Aspinwall, los nobles extranjeros fueron conducidos á bordo de la magnífica fragata de guerra *Roanoke*, en cuyo puente se les recibió, al estampido de una salva de artillería y al redoble de los tambores, mientras que la guardia marina presentaba las armas. El pabellón japonés, de color blanco con una mancha encarnada en el centro, símbolo del sol, flotaba en el gran mástil, y los aires resonaban con el canto nacional *Hail Columbia*, ejecutado por la música militar de la fragata. Si había parecido buena á los embajadores su instalación en la *Powhatan*, se quedaron maravillados de la que les esperaba en la *Roanoke*. Señores y criados participaron igualmente de las consideraciones y de la comodidad. Los cocineros japoneses pudieron preparar con toda libertad en los utensilios que traían consigo, sus manjares nacionales, por medio de abundantes provisiones que habían sido hechas espresamente. Debo hacer observar sin embargo que estos *hijos del sol* no se han mos-





Vista general de Mesina.





Exposición del boulevard de los Italianos. — Galileo ante el tribunal de la inquisición, cuadro original de N. Robert Fleury, perteneciente á M. F. Bocquet.



trado insensibles en lo mas mínimo á los placeres de la cocina *bárbara* y se han acostumbrado pronto á nuestros usos. Comen la carne con apetito, catan el vino, sobre todo el champaña, con beatitud, y se sirven del tenedor y del cuchillo como jentes que no hubieran hecho mas que esto toda su vida. Son muy aficionados tambien á los buenos puros, que ellos ofrecen á sus vecinos en la mesa despues de haber fumado una buena porcion. Esto es de su parte un acto de urbanidad, del cual se exonerarian gustosos varios de ellos.

El 9 de mayo, la *Roanoke* fué señalada en Sandy-Hook, á las tres de la tarde; el 13 llegó á Hampton-Roads.

Despues operóse el trasborde al *Philadelphia*, en donde hubo un espléndido banquete.

El dia siguiente, al amanecer, el *Philadelphia* se puso en marcha, surcando las tranquilas aguas del Potomac. Cuando pasó frente al monte Vernon, residencia que fué, como es sabido, de Washington, hizo alto para permitir á los artistas japoneses tomar un croquis de este lugar, del cual existe un recuerdo tan glorioso. Durante ese tiempo, la música militar ejecutó un trozo lastimero, mientras que la campana sonaba tristemente. Parece, segun dicen los intérpretes, que los embajadores se hallan muy al corriente de la historia de Washington. Un cañonazo disparado en el arsenal, á las once y media, anunció la llegada del steamer á la capital federal. Desde las diez se hallaban reunidos en el arsenal los oficiales de marina y las compañías militares, compuestas de tropas de línea y de voluntarios, todos con gran uniforme. El pabellon de las estrellas flotaba al viento uniendo sus pliegues á los del estandarte japonés, que fué izado á la llegada de los embajadores, en medio de una salva de diez y siete cañonazos. Al entrar el steamer, distinguióse sobre el puente á los infatigables artistas de la mision dibujando una vista del sitio, que ejecutaron con una precision, una exactitud y una elegancia verdaderamente admirables.

La embajada desembarcó segun todas las reglas de la gerarquía, el primer embajador al frente, el segundo despues, y el cortejo se puso en marcha para la posada Willard, que habia sido preparada de antemano para recibir á los ilustres visitantes. Durante todo este tiempo, los tambores batian la marcha y la música de diversos cuerpos ejecutaba aires nacionales. Nunca, ni aun al inaugurar sus funciones un presidente, se vió semejante gentío en la avenida de Pensylvania. La casa Willard se hallaba sitiada literalmente cuando los extranjeros pusieron pié en tierra, y con gran trabajo pudo abrírseles paso para penetrar hasta sus habitaciones, en donde aquellos se encerraron.

Washington, 19 de mayo.

La embajada japonesa, acompañada de los oficiales colocados á su disposicion, ha salido de la casa Willard á las once y media de la mañana para dirigirse á la Casa Blanca. El tránsito se ha verificado en coches descubiertos, con el cuerpo de música de la marina. El principal embajador se hallaba vestido con una toga de rico raso espolinado de púrpura, con anchas mangas, y pantalones flotantes del mismo color. Los otros dos dignatarios, que son príncipes como el primero, pero de orden menos elevado, llevaban trajes semejantes, pero de color verde.

Sus gorras, parecidas á un sombrero de señora, se hallaban retenidas en la cabeza con un cordón que pasaba por el cuello. Los oficiales subalternos llevaban unas gorras mas pequeñas en forma de coronas triangulares, igualmente sostenidas en la cabeza con un cordón. Llevaban picas, alabarda y otros emblemas de sus dignidades respectivas.

Las calles se hallaban llenas de espectadores.

En la sala del Este, de la Casa-Blanca, esperaba una brillante asamblea á la embajada. Notábase entre otros el comité municipal de New-York, que fué á Washington para invitar oficialmente á los embajadores á visitar la City-Imperial.

Gran número de señoras y otros personajes eminentes acompañaban á los miembros del congreso.

A medio dia, el presidente de los Estados-Unidos entró en la sala, acompañado de los miembros del gabinete. El secretario Cass se dirigió en seguida al salon de espera, de donde volvió con los embajadores y su séquito. Al acercarse al presidente y á las personas que le acompañaban, los plenipotenciarios japoneses hicieron muchas reverencias profundas. Uno de ellos abrió entonces una serie de cajas de laca contenidas una en otra y sacó varias cartas y las entregó al presidente, quien se las pasó á M. Cass.

Despues de un discurso dirigido por uno de ellos á M. Buchanan, los embajadores se dirigieron al salon de espera y volvieron con el príncipe-gefe de la mision, quien, segun las reglas de la etiqueta japonesa, las habria derogado asistiendo á la presentacion de las credenciales. Aproximáronse de nuevo, con las señas del mas profundo respeto, á M. Buchanan, quien les dirigió las mas benévolas palabras y terminó su discurso diciendo:

« Me cabe la mayor satisfaccion al saber que estais contentos con el trato que habeis recibido á bordo de nuestros buques de guerra, durante vuestro viaje. Seréis conducidos del mismo modo á vuestro país natal, bajo la proteccion del pabellon americano. »

El presidente entregó en seguida á los embajadores una copia de su discurso y cambió con ellos algunos apretones de mano.

Al retirarse, los Japoneses repitieron sus profundas reverencias, volviéndose á su posada en el mismo orden que habian guardado al dirigirse á la Casa-Blanca.

ORTAIRE FOURNIER.

(J. R.)

#### GALILEO ANTE EL TRIBUNAL DE LA INQUISICION.

(Cuadro de M. Robert Fleury.)

Habiendo publicado Galileo en 1632 unos diálogos que tendian á establecer la doctrina de la inmovilidad del sol y del movimiento de la tierra al rededor de este astro, fué conducido á Roma para comparecer ante el tribunal del Santo Oficio. Allí, á la edad de setenta años, de rodillas y la mano sobre los Evangelios, el gran físico tuvo que renunciar á su fé científica, que pedir perdon y retractarse de lo que él creía una verdad; pero en el momento en que se levantó, arrepentido de haber hecho un juramento falso, clavó los ojos en la tierra y dijo hiriéndola con el pié: *Y sin embargo, se mueve! (E pur si muove!)*

Estas grandes escenas, son las que seducen la notable inteligencia artística de M. Robert Fleury; estos interesantes hechos históricos los que el eminente miembro del Instituto elije para trasladarlos á sus admirables lienzos, donde la magia de la composicion, del colorido y de la armonía se aduna á la profunda ciencia de las pasiones y de la época. Nuestros lectores nos agradecerán que reproduzcamos en nuestras columnas uno de los maravillosos cuadros de este gran artista, *La Abjuracion de Galileo*. Próximamente volveremos á ocuparnos de las conmovedoras composiciones de M. Robert Fleury.

LÉO DE BERNARD.

(Trad. F. de la V.)

#### PARIS DESCONOCIDO.

##### LOS TAPETES VERDES.

(Continuacion.)

#### III. — De los sitios en que se juega y de los instigadores al juego.

— Soy con vos tan franca, continuó la jóven actriz, porque no tengo ningun interés en dejar de serlo. El interés es lo que nos pervierte: además, vos mismo habiais visto lo que yo hubiese ocultado. Ya el reciente altercado de la mesa os prueba bastante nuestra mala índole: mis recomendaciones sobre el pollo, nuestra glotonería y el ruido infernal que se arma en este momento os dan á entender bastante si somos habladoras. En cuanto á los hombres, no han sido muy maltratados porque estais presente, ni por guardaros consideracion, sino por tolerancia, ya que no por amistad hácia mí. Cada cual de nosotras tiene aquí sus amigas fieles: nos dividimos en varias pandillas, pero contamos con aliadas y nunca declaramos la guerra á las nuestras.

Sustituyeron en aquel mismo instante un inmenso paño verde al mantel, y la dueña de la casa colocó en medio de la mesa una cestita con barajas usadas y ya poco limpias. Las comensales se preparaban para jugar al lansquenet.

Cedí mi sitio y me senté detrás de mi protectora.

— Señoras, — dijo una mujer alta y gruesa, como de cincuenta años, que ostentaba una cabeza de color de escarlata é hinchada como un globo, — aquí presento un lindo porta-moneda que propongo á las concurrentes para que se rife antes de dar principio á la partida.

— Vamos, murmuró la directora, — cosas de la « linda bordelesa! »

— Cuántos billetes? — preguntaron varias, mientras examinaban la alhaja que corria de mano en mano, y que podria valer á lo sumo de ocho á diez francos.

— Treinta y cinco billetes á franco.

— Es de balde!

— Es un robo!

— Está tronada?

— Si ha vendido ya su cadena al judío que vino la otra noche!

— Yo tomo tres.

— Yo uno, y basta.

— Y sobra.

— Caballero, — me dijo la mujer globo, — toma usted algunos billetes para esa señora?

La di un napoleon y me entregó cinco números que cedí á la actriz. En un instante quedaron colocados los treinta y cinco billetes.

— Señoras, ¿gana el primero ú el ultimo número que salga?

— El primero!

— El último!

No, no!

— Sí, sí!

Y el barullo era tal que cualquiera hubiese creído encontrarse en la bolsa en un dia de liquidacion.

— Nadie se entiende aquí — dijo la directora dando una patada en el suelo y tapándose los oídos con las manos. — Todo el mundo habla á la vez y si no hay un poco de silencio voy á recojer as barajas y á apagar las luces.

Estas palabras fueron acogidas con un lrgoa murmullo. Se decidió por fin que ganaria el primer número, se colocaron las treinta y cinco bolas de loteria en un saquito, y una vieja llena de arrugas, de formidables cejas y puntiaguda barba, recibió el cargo de sacar los números, como la mas inocente de las circunstancias.

La eleccion no podia ser mas acertada!



La vieja sacó el número nueve en medio del tumulto.

— ¿Es el nueve ó el seis? Tengo el seis!

— No, es el nueve. El punto está hacia abajo.

— ¿Quién tiene el número nueve?

— Le tiene Clara que acaba de salir. Venga el porta-moneda, yo se le entregaré.

(Momento de duda.)

Una voz con timidez:

— Que no valga, y volvamos á empezar!

Varias voces:

— Sí, sí!... No se había comprendido bien!...

Con los ausentes no se cuenta!... El último número es el que gana.

Y se anuló la primera estraccion á pesar de las energicas protestas de la amiga de Clara.

— Eso es una vergüenza! — decía mientras se volvian á sacar los números. — Váyanse con mil diablos las brujas y las loterías!

La amiga de Clara era una jóven linda, morena, con ojos de terciopelo y dientes de marfil. Estaba magnífica en su indignacion. La suerte se apiadó de sus quejas, queriendo que por una estraña casualidad ganase otra vez el porta-moneda.

Su número salió el último y fué acogido con una risa general.

— Venga el porta-moneda, — dijo despues de un instante, con toda la grave dignidad de una duquesa; — pero es para Clara que le ha ganado. Yo no conozco la ley del embudo.

La discusion iba sin duda á enconarse, y ya se oían por lo bajo algunas palabras oscuras y mal sonantes, cuando una dama cojió las cartas, las hizo alzar por su vecina y dijo:

— Hago fondo de diez sueldos.

Despues de estas escenas mujerieles y de este modesto lansquenet, en donde los sueldos cubiertos de cardenillo se mezclan con las monedas de plata, no sé si debo hablar de ciertas reuniones de hombres en que se juega vertiginosamente, enterrando en un juego loco fortunas colosales. El contraste será inmenso.

Si el lector frecuente cierta sociedad de esos hombres que llaman del gran mundo, que viven en una vida ajitada y llena de violentas emociones, ó con que sólo penetre en alguno que otro círculo de tono, podrá convencerse al primer golpe de vista de que en Paris existen sitios donde en pocos minutos puede arruinarse cualquiera, aunque fuese archi-millonario. Aquí todo es lujo, suntuosos los departamentos; y el dueño de la casa, que talla por sí mismo al treinta y uno, es lejitimamente casado, padre de familia y goza de una renta considerable. De cuando en cuando se juega en su casa so pretexto de reuniones íntimas. Los amigos, los conocidos y los recomendados son las únicas personas que se admiten. La concurrencia nunca es numerosa; pero abundan el oro y los billetes, y cuando se acaban cada uno está en libertad de jugar sus carruajes y sus fincas. En una de estas reuniones perdió el año pasado cierto Creso muy conocido un millon ochocientos mil francos: hubo otros varios que recibieron considerables sangrias, y el banquero recojió una inmensa cosecha de ganancias.

Bien se vé que la especulacion es fecunda en diversos ramos, y que la ley no ha matado el juego. Círculos, bancas permanentes, casas clandestinas, reuniones privadas: tal es el campo inmenso donde el azar impera, y donde los aficionados hallan variedad para todos los gustos y bolsillos. La lepra no salta á los ojos; pero el virus existe perenne en la masa de la sangre.

#### IV.

*El personal. — Varios tipos.*

Todo Paris presenció en el Hipódromo, hace algunos años, los sangrientos y crueles ejercicios de

la caza de las palomas por los halcones. Atábase por una pata al desgraciado pichon á la estremidad de un largo hilo, cuyo extremo opuesto se anudaba en la punta de un mástil clavado en tierra. Sujeta de este modo, la pobre víctima hacia varios esfuerzos por escapar de su enemigo. El halcon se lanzaba entonces sobre ella, la degollaba y bebía su sangre. El público parisiense, á quien repugnan estos ejercicios bárbaros, se interesó muy poco por una partida tan desigual, y protestó con sus murmullos contra el infame lazo que impedía al pobre pichon toda defensa de escapar á una muerte segura. Los halcones mismo, comprendiendo acaso que se les hacia desempeñar un papel indigno de ellos, rehusaron bien pronto el prestar á estas luchas en que sólo encontraban un adversario inerme. Un día, en vez de clavar la garra en la víctima del mástil, remontaron el vuelo hacia las nubes, sin que hasta la fecha hayan vuelto á parecer.

Pues bien, en el mundo de los jugadores existen de igual manera sanguinarios halcones y palomas inocentes. Un lazo funesto retiene aquí tambien á los pichones infelices: este lazo es la pasión del juego, que los aprisiona en el círculo mortal donde infaliblemente deben perecer. Los halcones de estos lugares, menos generosos que los del Hipódromo, no se cansan de degollar, ni abandonan jamás á sus víctimas mientras hay en ellas un poco de vida, esto es, un poco de oro.

Cualquiera que entre en una casa de juego distinguirá al primer golpe de vista — por escasa que sea su penetracion, y aun antes que la partida comience — cuáles son los halcones y cuáles los pichones. Los primeros son generalmente los mas antiguos en el juego, y tambien los mas calmosos. Hablan poco y observan mucho. A la primera mirada, juzgan del valor de cada cual, y calculan, con diferencia de algunos centenares de francos, la cantidad que bien pronto aparecerá sobre el tapete. Cuando toman asiento á la mesa de juego es porque ya tienen escogidas sus víctimas. Estas por el contrario, hablan mucho y no ven mas allá de sus narices; se quejan de sus pérdidas de la víspera, y se regocijan de sus ganancias. Nunca se preguntan á sí mismas si juegan una partida igual; cuando la suerte las maltrata y pierden mucho, procuran con ahinco desquitarse; cuando ganan, permanecen quietas y no se retiran hasta que vuelven á despojarlas. Cuestiones que el halcon se ha dirigido antes de tomar las cartas, sabiendo por experiencia que un problema bien sentado está ya medio resuelto. El verdadero halcon adivina cuál es el instante oportuno en que debe retirarse para no esponer inútilmente sus ganancias; sabe reprimirse cuando está de pérdida é inclinarse ante la suerte; y sabe por último explotar hasta el extremo una vez feliz, porque sus manos, si así puede decirse, *olfatean* la fortuna, como un buen perro *olfatea* la caza.

El momento elegido por el halcon para dar al pichon el golpe de gracia, ó llámese la sangría suelta, es aquel en que, desmoralizado por sus pérdidas, y nervioso y fuera de sí, juega atolondrado y sin saber lo que hace. Dueño de sí mismo, el verdugo tiene sobre su víctima una superioridad incalculable; lo conoce, lo siente, y esto aumenta su ferocidad. Entonces es cuando el pichon se encuentra verdaderamente al extremo del hilo, cuando bate la arena con sus alas y palpita sangriento bajo las garras que le oprimen y el pico que le destroza.

He tenido ocasion de observar algunos hermosos tipos de halcones. Uno de ellos, á quien llamaban el *hombre negro*, sin duda por su tez morena y cabellos crispados y echados hacia atrás, hubiera podido aparecer dignamente delante de Hoffmann. Su exterior era fantástico. Bajo una

frente enorme, reluciente, con reflejos verdosos, brillaban sus penetrantes ojos como dos carbunclos: su boca, de una línea finísima, no sonreía jamás. Llevaba siempre la barba cuidadosamente afeitada, y corbata blanca. Por lo demás, era un hombre de buen juicio; hablaba poco, pero bien; y sabía probar en caso necesario que había recibido una educacion distinguida. Se acostaba por la mañana, se levantaba para comer, iba á la Ópera ó á los Italianos y se sentaba á la mesa de juego á media noche. Era apasionado por la música, casi tanto como por la baraja, lo que no es poco decir.

Jugaba con frialdad, sin pasión aparente por ganar y siempre lo conseguía. Cuando entraba en un círculo, echaba sobre la concurrencia una mirada cuya significacion no podia ser mas odiosa. Si despues de este rápido exámen, con el cual penetraba hasta el fondo de los bolsillos, no los encontraba suficientemente llenos, el halcon abandonaba al punto la sala para ir á otro sitio en busca de jugadores mas dignos de su codicia. Estaba dotado de una penetracion extraordinaria, adivinaba, por decirlo así, las cartas que se habian dado, y sabía comprender por el timbre de voz si su adversario tenia bueno ó mal juego. Al bacarat leía el punto en los ojos de los jugadores, en su actitud, en los estremecimientos de las manos y en la manera de tener las cartas. Era muy difícil encontrar un enemigo mas terrible. Sin embargo, no era un *griego*, sino un jugador hábil que sabía explotar la mina, llegando hasta los últimos límites de la honradez, aunque sin traspasarlos jamás: así lo creía él al menos, y con él los otros jugadores.

EDUARDO GOURDON.

(Trad. F. de la V.)

#### EL HAVRE Y SUS ALREDEDORES.

Antes de dibujar un paisaje, antes de hacer el croquis de una escena interesante, el artista escoje el punto de vista desde donde se abarca mejor el conjunto pintoresco del cuadro. Esa es la razon que ha tenido M. F. Santallier en el caso presente para colocarse en el muelle. Dominado allí por los dos faros del cabo de la Héve, tiende su mirada por las risueñas y umbrías costas de Ingouville, y Craville, sembradas de suntuosas y pintorescas quintas, y detiene allí un momento su vista sobre la abadía de Graville, la ciudadela, los docks y la llanura del Eure hasta el magestuoso lago que forma el Sena en su desembocadura al perderse en el Océano, en ese horizonte sin límites.

Todo es poesía en este grandioso panorama.

Poetas y marinos son hermanos, dice Santallier con su estilo lleno de imágenes, llevándonos á través de esos cuadros arqueológicos tan delicados; narrándonos la leyenda de la torre de Francisco I, ó el amor del padre Vent-Debout por su goleta y su hija Blanca, y explicándonos despues la teoría de las mareas, la nomenclatura técnica de cada mástil, de cada verga, y el conjunto detallado de las construcciones navales. M. Santallier, tan buen marino como escritor, nos fija el nombre de cada vela, nos enseña la diferencia que existe entre el steamer y el clipper, entre la fragata y la corbeta, entre la goleta y el bergantin, entre el sloop y el lugre. Estas teorías, estas descripciones, esta enseñanza, están acompañadas de poéticas anécdotas, y los lectores sienten al fin de cada página que el autor no tenga ya nada útil que enseñarles para poder referirles nuevas é interesantes historias.

El que desee conocer bien el Havre, *ese pueblo tan rico en su pasado y mas rico en su porvenir*, el que pretenda comprender la futura prosperidad

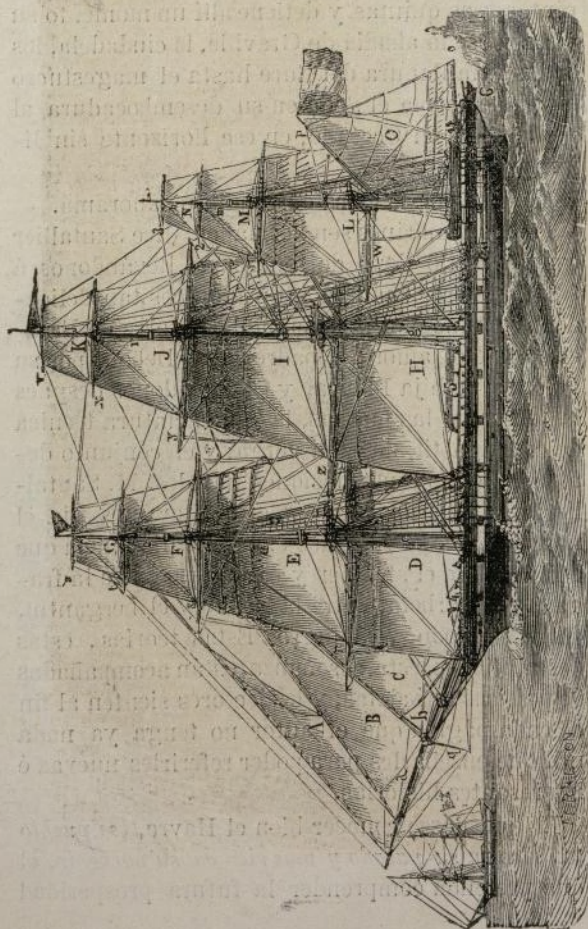


# DESDE EL MUELLE

EL HAVRE Y SUS ALREDEDORES.

por  
F. SANTALLIER

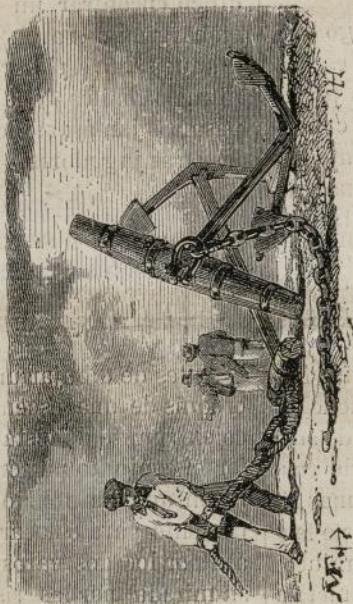
ILUSTRADO POR MM. MOREL-FATIO, RANDON, C. WISSANT



Fragata.

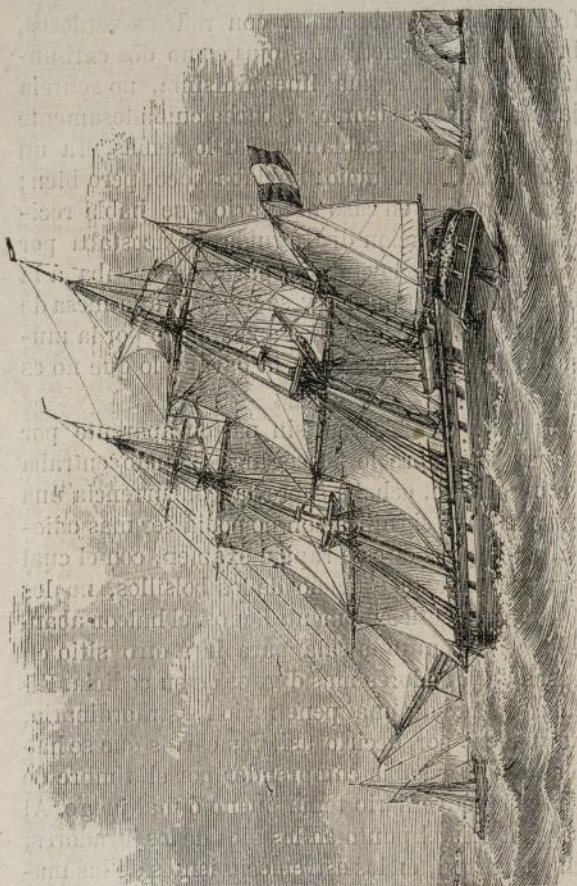
a b Mástil de bauprés. — c Mástil de trinquete con el pequeño de gavia. — d Palo menor de juna-  
nete. — e Palo menor de sobrejuanete f.  
g Palo mayor. — h Palo mayor de gavia. — i Palo mayor de juna-  
nete.  
k Palo de mesana. — l Palo de sobremesana. — m Palo de papagayo. — n Palo de sobrejuanete de  
papagayo.  
A Pitón. — B Foque. — C Contrafoque.  
D Trinquete. — E Gavia menor. — F Juanete menor. — G Sobrejuanete menor.  
H Vela mayor. — I Gavia mayor. — J Juanete mayor. — K Sobrejuanete mayor.  
O Cangreja. — L Sobremesana. — M Papagayo. — N Sobrejuanete de papagayo.

que le está reservada, debe ir con M. Santallier a visitar el monumento comer-  
cial por excelencia, los dobles almacenes generales cuyo grandioso aspecto re-  
produce nuestro grabado. Allí se encuentran hacinadas montañas de mercan-  
cias : los algodones de Nueva-Orleans, los azúcares y tabacos de la Isla de  
Cuba, el café de Moka, el té de Canton, el añil de Calcuta, los vinos y las sedas



de la Europa meridional, en una palabra, todos los  
productos del universo.

El autor de la obra titulada : « Desde el muelle »  
prueba razonadamente que *a todos nos parece nuestra  
patria la mas hermosa, asi como cada uno imagina tener  
en la suya la mejor de las madres.* No debe extrañarse  
que no encomiemos demasiado su obra, a la que los



Corbeta.

grabados y deliciosas viñetas prestan un gran atractivo. Todo buen parisiense  
es fanático por la célebre marina de Asnières y de Charenton, y no es justo que  
después de haber leído ese libro abandone el *cabo de Hornos del Pont-Royal y el  
de Saint-Cloud* por el *Havre y sus alrededores*.

El Sena no es muy grande, pero se navega en el Sena, si los habitantes del  
Havre tienen apego a sus enormes buques, los parisienses le tienen a sus regatas.  
Dígnese pues el señor Santallier respetar las ilusiones de los hijos de Paris.

LÉO DE BERNARD.

(Trad. A. L. de B.)







Recepcion á bordo de la fragata americana *Roanoke*, de los embajadores japoneses que se dirijan á Washington.



Ejercicio de cañon á bordo de un brick, segun los dibujos de M. d'Hatsrel, capitan de artilleria de marina.



## CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Collin d'Harleville incurrió en un error al componer su comedia titulada *Un viejo célebre*. Nada hay á mis ojos mas triste y desconsolador que ese anciano imbécil que abdica su voluntad, inmola sus afecciones de familia, sus amigos y el trato ameno de la vida social á los pies de un mayor-domo y de una ama de gobierno, ese énte ridículo que puesto en pupilage, preso, subyugado por sus dos servidores bastardos, sufre con la cerviz inclinada la esclavitud y perecería en ella si un sobrino y una sobrina suyos no le obligasen mal de su grado á romper tan vergonzosa cadena. Prodigáronse elogios sin cuento al carácter del ama de gobierno, Mma. Evrard, á sus embelecadores revestidos de insolencia, á la destreza en jugar con el muñeco que tiene en sus manos, á sus audaces miras y al tesón que en conseguir las desplega; pero Leonor Burette es una figura de otro género, bien diferente, entera y enérgica como pocas: la heroína teatral sería indigna de desatarse las cintas de su zapato. La figura de que vamos hablando no es una ficción de poeta, un tipo escénico, sino una figura real, positiva, de carne y hueso, y la comedia, ó mejor dicho, el drama en que desempeña el feo papel de protagonista, acaba de encontrar su digno desenlace en los tribunales de justicia.

La víctima de este drama se nombra Carlos Fieffé, muy conocido en Burdeos, en donde después de la revolución de Julio ejerció algunos cargos administrativos. Encontró á Leonor Burette en 1833, en un sitio público y anudó con ella pasajeros lazos que estrechándose poco á poco se convirtieron en hábitos necesarios. Llegó sin embargo un día en que Fieffé sintió sonrojarse la frente y quiso cortar hábitos y lazos; pero Leonor no era mujer que se rendía sin luchar y apeló á toda clase de artificios, desesperación, conatos de suicidio, amenazas de muerte, vías de hecho, en fin: tanto que el buen hombre, vencido por el terror, gastadas sus fuerzas en la lucha, sin aliento, subyugado, acabó por caer á los pies de su adversario, mas sumiso y esclavo que antes de aspirar á su emancipación.

« En 1852, se introdujo en la casa de Fieffé halagando su avaricia y so pretexto de resignarse al humilde oficio de ama de gobierno; pero bien pronto se erigió en dueña y señora, se sentó á su mesa, exigió que la diese su nombre y se le diesen también sus servidores y amigos, y empleando en determinados casos hasta la violencia física, cobró sobre él el imperio mas absoluto, subyugándole en términos que éste sólo oponía sus lágrimas á la cólera y á los caprichos de aquella. »

No se crea que invento este cuadro de despotismo por un lado y de abyección por otro: está tomado de la causa, no de los discursos apasionados de los defensores, sino del fallo mismo. Léase y se verá que ante el relato sencillo y severo de los magistrados languidece la invención de Collin de Harleville.

Fieffé era tres veces millonario: en 1856 tenía hecho un primer testamento, por el cual instituyó á la ciudad de Burdeos su heredera universal y dejaba á Leonor Burette doce mil francos de renta vitalicia, con mas los muebles, ropas y alhajas que juzgase necesarias á sus necesidades: pero este cebo era poco para el apetito de Leonor, y se propuso conseguir con nuevas disposiciones la mitad de esta fortuna: bien hubiera querido alcanzarla toda, mas prefirió — decia — dejar lo demás á la ciudad de Burdeos y esto cubrirá el espediente y me evitará un litigio.

¿Cómo llegó á conseguir su intento? siguiendo siempre su sistema de terror, con la tortura mo-

ral, con esa influencia magnética con que supo dominar el apocado corazón del anciano.

A fines del mes de mayo de 1857, Fieffé, gravemente enfermo, se había trasladado á su casa de campo de Cestas. El 1º de junio á la diez de la noche se oían voces en el cuarto donde le velaba Leonor Burette: « estás muerto, estás muerto! » — gritaba esta arrojándose con afectada desesperación sobre el lecho del enfermo; — luego, aproximándose á su oído le decia: « — ¿No es verdad que quieres comunicarme tu última resolución? » — y despachó á los testigos que habían acudido á sus voces volviéndolos á llamar después, y mandándoles que fuesen á buscar al sacerdote, al notario y á los dos médicos, á quienes había reservado el papel de testigos instrumentales.

Urjía el tiempo, porque empezaba la hora de la agonía: mientras llegaban los notarios, y para simplificar su trabajo, Leonor Burette hizo escribir al agente de negocios de Fieffé y dictándole este último un simulacro de testamento que la instituía heredera de la mitad de su fortuna. Cuando los notarios se presentaron, Leonor se apresuró á entregarles el escrito diciéndoles: « esto me ha dado M. Fieffé, yo lo acepto sin haberlo pretendido, » y confirmando el enfermo estas palabras se extendió el acto auténtico y legal.

Un amigo, un pariente del testador, recién llegado de Burdeos con un médico y un notario, creyó poder penetrar en el cuarto del moribundo. Leonor los espulsó imperiosamente, y presidió, por decirlo así, la prolongada y penosa formalidad del testamento, arrogante, altiva discutiendo con cinismo sus intereses, arrancando al moribundo con cuestiones insidiosas nuevas liberalidades, todo ello con tan codicioso ardor, que uno de los testigos llamados manifestó cierto escrúpulo en poner su firma al pie de aquel documento.

Algunas horas después M. Fieffé había dejado de existir.

Tal es el desenlace del drama: hé aquí ahora el epílogo.

El testamento ha sido anulado en la parte concerniente á Leonor Burette y á otros dos herede-

ros, sus protegidos, por considerarlo el tribunal fruto de la sujeción y de la violencia.

¡ Triste desengaño de tan costosos afanes. !

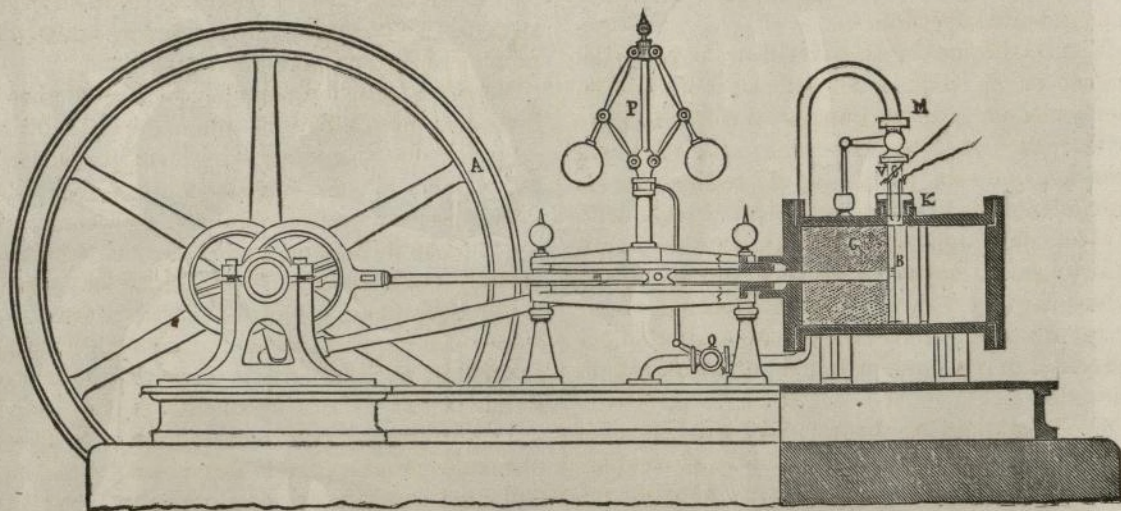
PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

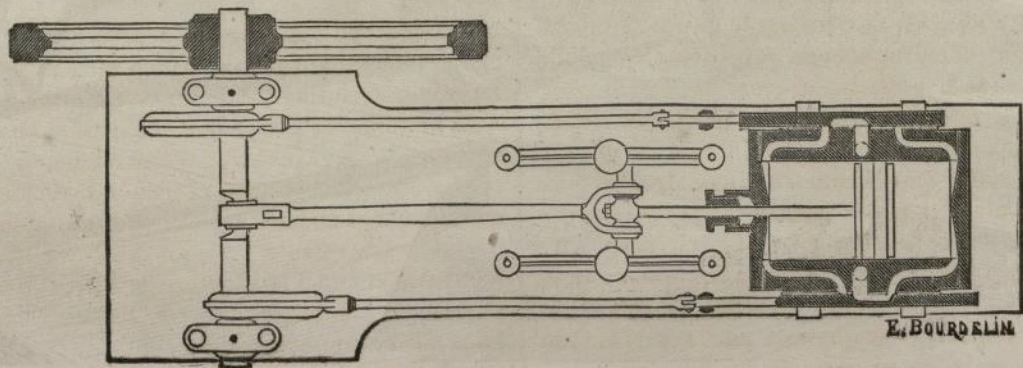
## LA MÁQUINA DE LENOIR.

Obtener una fuerza motriz de los gases que se desprenden, sea de la pólvora, ó bien de las mezclas detonantes de hidrógeno y oxígeno, no es una invención nueva. Gran número de tentativas se han hecho para realizar esta idea, que debía ser secundada por la chispa eléctrica, mediante la cual se produce la ignición de la pólvora ó la detonación de las mezclas gaseosas. Se ha hablado ya de un motor electro-químico impulsado por la distensión instantánea de una mezcla de oxígeno y de hidrógeno á la cual pegaba fuego la chispa producida por una máquina electro-química. M. Moeff, inventor de este aparato, decia con loable modestia: « Nuestras máquinas distan aun de ser perfectas, y osamos esperar que otros experimentadores, inspirados por nuestros ensayos, puedan marchar por nuestras huellas, y aun aventajarnos; los veremos progresar sin celo; no podemos nosotros, en el interés de todos, menos de desear una comunidad de luces y de energía capaces de hacer lograr el objeto lo mas pronto posible. » M. Lenoir ha alcanzado hoy, nos atrevemos á decirlo, el objeto que se habían propuesto los primeros investigadores. Su máquina, que vamos á describir, nos parece realizar el progreso mas inesperado.

En esta máquina no es la detonación violenta de una mezcla de oxígeno y de hidrógeno puros la que produce el movimiento. M. Lenoir recurre al gas del alumbrado esparcido hoy por todas partes y cuyo precio, infinitamente reducido, hace esperar una economía verdaderamente fabulosa. Todos los gases inflamables, el gas hidrógeno carbonado, el hidrógeno puro, etc., pueden ser empleados. La fuerza que hace mover es debida al calor desarrollado por la combustión del gas, al cual va á inflamar la electricidad, combustión que opera la dilatación: 1º del aire; 2º del gas ácido carbónico, primer producto de la ignición; 3º del agua producida por estas combina-



Plano y elevación de la máquina Lenoir.





ciones y que se transforma en vapor de cierta tension.

La máquina de M. Lenoir tiene toda la apariencia de una máquina de vapor horizontal ordinaria. El cilindro se halla provisto sin embargo de dos cajones, cada uno de los cuales tiene distinta funcion; el primero sirve para introducir el gas reunido al aire tomado bajo la presion de la atmósfera; el otro sirve para el escape de los productos de la dilatacion despues de la accion eléctrica. Espliquemos ahora, por medio de nuestro dibujo, la marcha del aparato.

Para poner la máquina en movimiento, se abre la llave O colocada en el tubo M que sirve para conducir el gas. Haciendo ejecutar media vuelta al volante A, se lleva el émbolo á la mitad de su carrera. El espacio G se llena de gas mezclado con el aire que, aspirado por el vacío que hace el émbolo, se introduce por la abertura V en la proporcion de 95 por 100 aproximativamente, sobre 5 por 100 de gas. En ese momento, el cajon distribuidor se cierra é interrumpe toda comunicacion con el exterior, se produce la chispa eléctrica en K en los dos polos de las pistolas de Volta, que conducen, pasando al través de un tapon no conductor, la corriente de una máquina de induccion de Ruhmkorff. Esta chispa inflama el gas que se quema en el aire. La dilatacion se opera y el émbolo es impelido adelante. Llegado al término de su carrera, el segundo cajon abre el escape. El volante A hace pasar el punto muerto al manubrio y el émbolo retrocede por sí solo. En el mismo instante, el primer cajon deja á descubierto el orificio del gas y del aire que vienen á ayudar á la fuerza de inercia. El émbolo llega á la parte media del cilindro, en donde el gas es inflamado por la chispa. Verificase la dilatacion, el émbolo es impelido al otro extremo. El movimiento de vaiven queda pu s establecido.

No cometeremos la falta de explicar á nuestros lectores de qué modo se transforma el movimiento rectilíneo de un émbolo en un movimiento circular necesario para el trabajo de las diversas industrias. La accion que tiene lugar en el interior del cilindro, y que consiste en impeler, por medio del vapor ó del gas, el émbolo ora hácia un extremo, ora al otro, no es ya un misterio para el que tiene algunas nociones de mecánica. La explicacion del juego y de la utilidad de los cajones, seria por consiguiente supérflua.

Mientras llegue el gas, se verificará el juego del émbolo en el cilindro. Su velocidad obedece en cierto modo á la mano que abre ó cierra la llave de introduccion. Nada es mas digno de llamar la atencion que esta posibilidad de regularizar los movimientos de la máquina. Concíbese fácilmente el objeto de la aplicacion del regulador de fuerza centrífuga P, cuyas bolas, separándose mas ó menos por una mayor ó menor velocidad, van á cerrar ó abrir la llave O, y por consiguiente á reducir el movimiento de la máquina á su estado normal.

Siendo mínima la proporcion del gas con relacion al aire, no hay ni sacudimientos, ni choques sensibles. Es evidente que se trata aquí de un motor por expansion y no por detonacion. No existe ninguna mezcla preparada de antemano de aire y de gas, los cuales, llegando al mismo tiempo al cilindro, en una proporcion calculada por la superficie de los orificios de introduccion, arden en él simultáneamente sin ocasionar ninguna explosion.

Para evitar que se caliente el cilindro, despues de una marcha mas ó menos larga, se le construye de dobles paredes y se hace circular entre estas un lijero chorro de agua fría que quita al cilindro su calórico y se calienta de este modo suficientemente para que se la pueda emplear con utilidad en la mayor parte de las industrias.

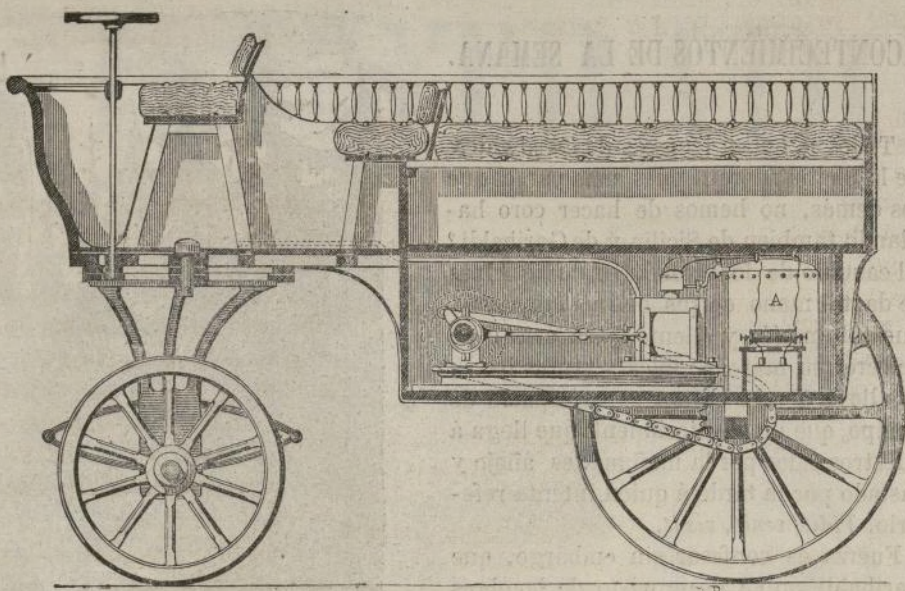
La máquina que hemos visto funcionar en los talleres de M. Lévéque, calle de Rousselet, nº 35, en Paris, es de la fuerza de cuatro caballos. Ella pone en movimiento los tornos y las máquinas-instrumentos de un taller importante de tornero. Mencionémos las esperiencias que se han hecho desde que se estableció este aparato, que no se

halla ya, segun se ve, en el estado de simple proyecto, puesto que todos pueden verle funcionar. El consumo es de medio metro cúbico de gas por caballo y por hora, ó sea 0 francos 15 cent. al precio que le vende la Compañía parisiense. Esto forma para cuatro caballos, durante diez horas, un gasto de 6 fr. (poco mas de un duro). Comparémos este gasto al de una máquina ordinaria de alta presion, de igual fuerza. Esta última gasta por caballo y por hora aproximativamente 5 kilogramos de carbon, lo que hace por día 200 kilogramos, á 4 francos los 100 kilogramos, ó sea 8 francos de combustible (casi dos duros). Añádase además el jornal del fuellero; además el gasto de conservacion del horno, del generador, etc. El total de estos gastos será, sin disputa, mas del doble del de los gastos de consumo de una máquina de gas. Unamos á estas economías la ventaja de poder ponerla en movimiento cuando se juzga conveniente, sin que haya habido prévia necesidad de encender un horno y de hacer gasto de combustible, para poner en vapor una caldera. Si la máquina se para por algun motivo, el gasto cesa al instante.

Cuántas otras ventajas no resultarán del uso de estas máquinas, en las grandes fábricas en las cuales se emplean actualmente generadores cuyos gastos de conservacion y reparacion aumentan con su poder! Ya no mas generadores, por lo mismo ya no mas explosiones ni desgracias.

Dejemos las máquinas fijas, y considerémos la invencion nueva bajo el punto de vista de los servicios que puede prestar como propulsor á bordo de los buques, como motor de vehiculos de toda especie, wagnones, ómnibus, etc., como motor tambien de las máquinas agrícolas, á las cuales hace tanta oposicion la rutina de los agricultores, espantados por otra parte al pensar en el empleo del vapor. A bordo de los steamers transatlánticos, en los cuales la provision de carbon forma la mitad del cargamento, el combustible seria reemplazado con cierta cantidad de aceites esenciales propios para la formacion del gas motor. En los vehiculos, se colocaria un recipiente que contuviera gas almacenado bajo un pequeño volumen.

Nuestra segunda lámina representa un carruaje recientemente construido por M. Lenoir. La caja que contiene el motor no molesta en nada á los viajeros. El gas se halla contenido en el recipiente A. Se comunica el movimiento á las ruedas traseras por una cadena circular que se enrolla en dos piñones. Dáse direccion al coche por medio de un volante y de un árbol vertical colocado delante del conductor. Este árbol lleva en su base un piñon que, girando sobre sí mismo, hace mover un semi-círculo dentado. Este semi-círculo, fijo á la rueda delantera, la obliga á obli-



Carruaje movido por una máquina del sistema Lenoir.

cuar á derecha ó izquierda y cambia de este modo la direccion del vehiculo. Una manija que sirve para apretar un freno detiene el empuje luego que, hallándose cerrada la llave, la máquina cesa de funcionar.

Una multitud de industrias pequeñas podrán emplear el motor de Lenoir, el cual distará de exigir el gasto de instalacion de las máquinas de vapor actuales. Ocupa poco lugar relativamente á la fuerza que puede desarrollar. Es fácil establecerle. En las ciudades, será mas cómodo emplear el gas de las compañías, puesto á disposicion del consumidor por una simple llave. Un caño de agua, una pila eléctrica y el aire que pertenece á todo el mundo, tal es todo lo que necesita la nueva máquina.

En el campo en el cual los gasómetros públicos no existen, en los buques y en los locomóviles, será necesario preparar el gas á medida de su consumo. Se puede almacenar el gas de dos maneras: comprimiéndole en recipientes, ó, lo que es menos peligroso, encerrándole en un líquido que se hará volatilizar para introducirle en el cilindro. Por la destilacion de la brea y de los esquistos, se obtienen aceites esenciales, y el vapor del agua calentada alrededor del cilindro basta para volatilizarlos. Otro modo de obtener el gas seria descomponer el agua.

Cuando la esperiencia haya comunicado á esta idea nueva todas sus perfecciones, cuando los resultados obtenidos den fé ante las objeciones que no dejarán de hacer los incrédulos, es evidente que los industriales tendrán interés en servirse de la máquina de gas. Las máquinas ordinarias de vapor serán transformadas fácilmente. El cambio mas importante será sin embargo el del cilindro, que la aplicacion de los dos cajones obliga á construir de un modo particular.

Procurarse una fuerza considerable con poco gasto; sustituir el trabajo material á los brazos del hombre, quien no tendrá ya mas que ejercer una fácil vigilancia; tener en fin un motor al alcance de todos, hé aquí lo que realiza la invencion de M. Lenoir. Por do quíer que se pueda introducir un pequeño conducto de gas, en los establecimientos mas grandes, en el cuarto del simple operario, se encontrará una potencia mecánica siempre pronta, que obrará al momento mismo en que se tenga que emplearla, que cesará su accion sin prolongar el gasto cuando haya sonado la hora del descanso.

EMILIO BOURDELIN.

(J. R.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.



## ACONTECIMIENTOS DE LA SEMANA.

Todos se hacen lenguas de Garibaldi y de la Sicilia ¿porqué pues, mas parcos que los demás, no hemos de hacer coro hablando tambien de Sicilia y de Garibaldi? El caudillo de los cazadores de los Alpes se da tal mano en sus bélicas empresas, que faltan piés y aliento para seguir de de cerca su marcha: tales y tantas hazañas lleva á cabo en tan corto espacio de tiempo, que un acontecimiento que llega á nuestros oídos por la mañana, es añejo y gastado por la tarde á quien intenta referirlo. *Vidit, venit, vivit.*

Fuerza es confesar sin embargo, que Garibaldi no va desprovisto de hombres de buen temple. Entre los que componen su denodada cohorte conocemos á uno de sus segundos, colega en otro tiempo de *El Mundo ilustrado* y director del *Diario franco-italiano*, el señor Carini, que trocó su pluma por la espada y está probando al mundo que si era distinguido el escritor, tampoco le va en zaga el guerrero.

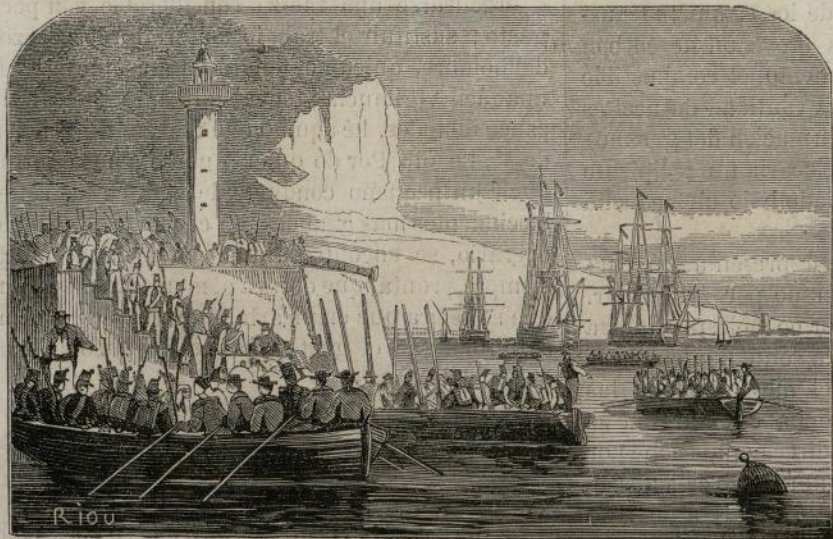
Garibaldi desembarcó en Marsala, saludó al ejército napolitano derrotándole en Calatafimi, voló sobre Palermo y obligó al general Lanza á evacuar la ciudad, retirándose á los buques de guerra. No se resignó éste desde luego, ni de grado, á tal partido: precisas fueron tres ó cuatro conferencias en el embarcadero de la Cuarentena y á bordo del *Hannibal*, buque



Casa de las señoras Gayet en Saint-Cyr, cerca de Lyon.

del almirante inglés, para decidir al general napolitano á dirigirse hacia Nápoles ó encerrarse en Mesina.

Mesina, por su posición en el cabo N.-E. de la Sicilia, por sus vastas fortificaciones, ciudadela y arsenal, es la plaza mas importante de la isla. El dueño de este punto no necesita dar mas que un paso de algunos kiló-



Las tropas napolitanas evacuando á Palermo.



Llegada de SS. MM. el emperador y la emperatriz á Fontainebleau.

metros para poner el pié en la Calabria; mas este paso no está exento de peligros y la mas pequeña imprevision, el menor cálculo inexacto puede hacer dar en Caribdis para ir de rechazo á estrellarse en Scila.

El trastorno de Sicilia no tiene igual. Su suelo volcánico, sus montañas con el aspecto de rocas hacinadas en desórden, separadas por profundas hendiduras cubiertas de ruinas graníticas, descubren sencillamente á la vista los vestigios de terribles convulsiones en el fondo de sus entrañas. Mas este cuadro pertenece al dominio de la historia. Hoy las convulsiones se producen en la superficie y sin embargo, al contemplar esas fecundas campiñas, las aldeas del interior y del Oeste, pobladas por los descendientes de la raza normanda, robustos, con sus ojos azules, su cabello castaño,



Los generales dirigiéndose á bordo del *Hannibal* para la entrevista en la cual se ha arreglado el armisticio.

su bozo rubio ¿quién creería que esos hombres sienten sus pechos ajitados por terribles y enérgicas pasiones? En esta preciosa comarca en donde el campesino siciliano nada apetece del suelo, sustentándose de *arbejas tostadas*, quién ha de figurarse que nadie piense mas que en las hortalizas silvestres, y en las adeifas de las márgenes de los arroyuelos?

En tanto, en Francia con menos rica vejección, se respira la dulce aura de la paz. Las aspiraciones bélicas de este país se contentan por ahora con el espacioso ámbito de los patios de las Tullerías. En ellos el 6 de junio el emperador pasó revista á la division *Bazaine*, de vuelta de Italia y de Pavia, su cuartel general. Napoleon volvió á ver allí á los vencedores de Mariñan y de Solferino.

Este ejército viene á descansar y su emperador igualmente se retira á las sombrías alamedas de Fontainebleau.

El asesinato de la familia Gayet escita la atención y el horror públicos: presentamos á nuestros lectores la casa de las víctimas, triste teatro del crimen.

LÉO DE BERNARD.  
(Trad. A. L. de B.)

Paris.—IMP. DE LA LIBRAIRIE NOUVELLE, A. Bourdillat, 15, rue Bréda.



El coronel Carini, jefe de los cazadores de los Alpes.